

JOSEF DELZ (ed.), *P. Cornelius Tacitus. Libri qui supersunt: II,3, Agricola*, Bibliotheca scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana, Berlin – New York: Walter de Gruyter, 2010 [2ª edición revisada por J. VON UNGERN-STERNBERG], pp. XVIII + 41, ISBN 978-3-11-022419-1.

La *Bibliotheca Teubneriana* presenta una elegante *editio altera* del *Agricola* de Tácito, publicado por Josef Delz (1922 – †2005) hace más de veinticinco años¹. En palabras de J. von Ungern-Sternberg, responsable de la nueva versión: *I. Delz novae editioni nonnullas emendationes atque additamenta inserere in animo habuit. Quae in exemplari, quo ipse usus est, inventa memoriae eruditissimi viri mihiq[ue] amicissimi serviens hic exposui* (pág. IX). Con buen criterio el revisor ha incorporado la información imprescindible en tan sólo siete líneas de la *praefatio* y ha señalado entre corchetes los *additamenta* al aparato crítico, de manera que el lector puede distinguir con claridad qué material acaba de ser integrado y cuál procede de la versión anterior.

Dado que el texto es tan breve como conocido, y dado que los añadidos no son numerosos, elaborar una reseña sobre el presente volumen no resultaría tarea fácil. Es poco lo que no se haya dicho o escrito ya sobre los muchos aciertos, las particularidades y los escasos puntos discutibles de la edición de Delz. No obstante, este *libellus* renovado contiene algunas sorpresas que merecen cierta atención y detalle.

Para ello resulta oportuno comenzar por el principio y recordar los puntos esenciales de la azarosa transmisión del *Agricola*, por cuanto ésta da una idea del tenor que ha de tener su edición crítica. Según opinión tradicional, todos los manuscritos conservados de las obras menores de Tácito descenderían directa o indirectamente de un único ejemplar, el desaparecido *Codex Hersfeldensis*². Éste habría sido llevado en 1455 por Enoch de Ascoli desde Hersfeld hasta Roma, donde, después de ser copiado varias veces, se habría perdido. A partir de entonces y hasta los últimos años del siglo XIX la tradición textual estuvo de hecho reducida a dos manuscritos, el *codex Vaticanus lat.* 3429 (A) y el *codex Vati-*

¹ J. Delz, *Cornelii Taciti libri qui supersunt. II.3: Agricola*, Stuttgart 1983. Actualizaba la de E. Koestermann, *P. Cornelii Taciti Libri qui supersunt*, Leipzig 1936, con sucesivas reediciones en Leipzig hasta la de 1962. Por otra parte, coincidió durante los años 80 con la publicación de varios volúmenes de Tácito respectivamente en la Teubneriana de Stuttgart y de Leipzig: H. Heubner, 1983, Stuttgart (*Annales*), I. Borzsák, 1992, Stuttgart-Leipzig, aunque proyectada para Leipzig, (*Annales I-V*); K. Wellesley, 1986, Leipzig (*Annales XI-XVI*); 1989, Leipzig (*Historiae*); A. Önnersfors, 1983, Stuttgart (*Germania*) y H. Heubner, 1983, Stuttgart (*Dialogus de oratoribus*).

² Véase sobre todo, R. M. Ogilvie y I. Richmond, *Cornelii Taciti De Vita Agricolae*, Oxford 1967, 82 y ss.; C. E. Murgia, "The Minor Works of Tacitus: A Study in Textual Criticism", *CPh* 72, 1977, 323-43 y M. Winterbottom, "Tacitus: Minor Works", en L. D. Reynolds (ed.), *Texts and Transmission. A Survey of Latin Classics*, Oxford 1983, 410-1.

canus lat. 4498 (B)³, así como a la *editio princeps* llevada a cabo por Franciscus Puteolanus, *circa* 1485 en Milán. Todos ellos no derivarían directamente del *Hersfeldense*, sino a través de apógrafos del mismo siglo XV.

Tal panorama se amplió primero en 1897 con la aparición del *codex Toletanus* 49,2 (T), también de finales del siglo XV, pero cambió sustancialmente en 1902 con el descubrimiento del denominado *codex Aesinas* en la biblioteca del conde Aurelio Guglielmo Balleani de Jesi. Este códice contiene entre otros textos los capítulos 13.1-40.2 del *Agricola*⁴, escritos por una mano del siglo IX; las secciones anteriores y posteriores fueron completadas en el siglo XV por Stefano Guarneri⁵. Por diversas contingencias, el *Aesinas* (H-E) permaneció inaccesible gran parte del siglo XX, hasta que en 1994 fue adquirido por la Biblioteca Nazionale de Roma, donde se halla en la actualidad (*Cod. Vitt. Em.* 1631)⁶. Delz, que no lo pudo ver directamente antes de 1986, pero sí había manejado la reproducción de Till, compartía la opinión mayoritaria de que la parte del *Esinatense* que contiene secciones del *Agricola* es un cuaternión desgajado directamente del *Hersfeldensis*⁷. Sin embargo, no se puede descartar que proceda de una tradición diferente⁸. Sea como fuere, el manuscrito de Jesi proporciona una base mejor que A, B y T⁹ y confirma la autenticidad de algunas lecturas aparentemente corruptas, que necesitan de interpretación más que de enmienda. Es interesante destacar que tanto H-E (*Aesinas*) como A recogen numerosas anotaciones renacentistas que aportan una idea del grado de intervención que sufren las copias ya desde época temprana.

En resumen, el editor del *Agricola* no se ha de enfrentar a una titánica colación de manuscritos, sino más bien al hecho de que el texto está *irremediabiliter* (*sed non atrociter*) *corruptus* en un número no despreciable de pasajes. Por eso mismo, su principal cometido consiste en discriminar si esos *loci difficiles* son

³ En lo que respecta al valor relativo de cada uno de ellos, B es claramente inferior a A.

⁴ C. Annibaldi, *L'Agricola e la Germania di Cornelio Tacito nel MS. latino n. 8 della biblioteca del conte G. Balleani in Jesi*, Città di Castello 1907. Unas hojas más adelante se incluye asimismo un palimpsesto ilegible de 40.2-43.4.

⁵ Quien asimismo los agrupó con otros textos también copiados por él: el *Dictys Cretensis*, el *Bellum Troianum* y la *Germania*. R. Till, *Handschriftliche Untersuchungen zu Tacitus Agricola und Germania (Der Codex Aesinas)*, Berlín – Dahlem 1943, con reproducción fotográfica. Más información entre otros en W. Eisenhut, *Dictys Cretensis. Ephemeridos Belli Troiani libri*, Leipzig 1973², XXII y ss.

⁶ F. Niutta, “Sul codice Esinatense di Tacito, ora Vitt. Em. 1631 della Biblioteca Nazionale di Roma”, *Quaderni di Storia* 43, 1996, 173-202.

⁷ Por esa razón Delz lo denomina H. En cambio, Ogilvie lo llama E. El cuaternión pudo ser desprendido del códice por el propio Enoch de Ascoli, para su venta por separado después de la muerte de Nicolás V. Asimismo el beneficiario final de la transacción habría sido hacia 1472 el propio Stefano Guarneri, quien junto con su hermano Francesco formó una considerable biblioteca que la familia de los condes Balleani de Jesi recibieron en herencia a finales del siglo XVII.

⁸ Se han de tener en cuenta las objeciones de D. Schaps, “The Found and Lost Manuscripts of Tacitus’ *Agricola*”, *CPh* 74, 1979, 28-42. Véase asimismo, H. Bloch, “A Manuscript of Tacitus’ *Agricola* in Monte Cassino about A.D. 1135”, *CPh* 36, 1941, 185-7.

⁹ T es sin duda apógrafo de H-E.

propiamente alteraciones erróneas, atrevimientos expresivos de Tácito o intervenciones de los copistas.

Delz realizó esa labor de discernimiento en general de manera minuciosa, metódica y clara: en el aparato crítico optó por ser exhaustivo e incluyente, lo que comportó excesos de información paleográfica y desequilibrios menores¹⁰. Así, mientras que en unos casos concedió espacio a los testimonios de AB que, como él mismo reconocía¹¹, no tenían mucha autoridad o más interés que ilustrar la impericia de algunos copistas del siglo XV, en otros en cambio, recurrió a evasivas tales como *alii alia* o *fortasse recte*. Éstas últimas podrían interpretarse como cautelosas faltas de determinación, pero son más bien una muestra más de la atinada capacidad de síntesis que el erudito de Basilea había desplegado en la introducción para presentar la historia manuscrita. Por su parte, las diferencias del texto de Delz respecto al que Ogilvie había preparado unos años antes¹² parecerían poco significativas en su conjunto, pero apenas se podía esperar algo muy distinto dadas las posibilidades que ofrece una tradición textual más bien magra.

Ante este panorama, cabe preguntarse por el *quid novi* de la edición revisada que ve ahora la luz. Sin duda el lector percibe evidentes mejoras formales: la nueva caja del texto y el interlineado de los párrafos resultan menos compactos; asimismo el tipo de letra gana en claridad, tanto en el cuerpo como en el aparato, y todo ello a costa de tan sólo dos páginas más que la primera edición. Es éste, sin duda, un detalle menor en el conjunto de una edición crítica, pero no por ello hay que dejar de reconocerlo.

Como he adelantado, las novedades propiamente dichas —o realmente intencionadas— se restringen a un discreto número de anotaciones marginales de Delz, incorporadas ahora al aparato crítico entre corchetes. Éstas revelan no sólo que el suizo volvió con frecuencia sobre el texto del *Agricola* a partir de 1983, sino también que se mantuvo al día de nuevas propuestas¹³. En 6.5, “[sed v. Liv. 25,7,5]”

¹⁰ Véanse las reseñas de M. Winterbottom, *CR* 34, 1984, 321 y de I. Borzsák, *Gnomon* 58, 1986, 21-26.

¹¹ Delz, *Agricola*, VI: *Nunc autem non solum in principio et in fine, sed etiam in ea parte ubi H exstat, lectiones illorum codicum sedulo notavi (sed non curavi quisquillas orthographicas et neglexi quasdam codicis B ineptias), non quia aliquid boni inesse crediderim, sed ut in doles utriusque a lectore cognosci et pretium perpendi posset, ut depravationem textus illustrarem qualis a Francisco Puteolano circa annum 1475 primum typis mandatus est.*

¹² R. M. Ogilvie y I. Richmond, *Cornelii Taciti De Vita Agricolae*, Oxford 1967; R. M. Ogilvie y M. Winterbottom, *Cornelii Taciti opera minora*, Oxford 1975.

¹³ Sin ánimo de exhaustividad se pueden citar aquí de entre lo más reciente: A. A. Lund, “De causis corruptae lectionis cuiusdam quam in Taciti *Agricola* inesse suspicor emendandae”, *RhM* 130, 1987, 188-90; W. S. Watt, “Five Notes on Tacitus, *Agricola*”, *AJP* 108, 1987, 465-6; R. M. Ogilvie, “An Interim Report on Tacitus’ *Agricola*”, *ANRW* II.33.3, 1991, 1720-4; J. Fettes, “Tacitus, *Agricola* 44.4”, *LCM* 16, 1991, 124-5; W. Barr, “Tacitus, *Agricola* 44.4”, *LCM* 17, 1992, 6-7; K. Wellesley, “Tacitus, *Agricola* 44.4”, *LCM* 17, 1992, 42-3; R. Oniga, “Tacito, *Agricola* 24.1”, *RFIC* 124, 1996, 185-91; P. Soverini, “Note all’*Agricola* di Tacito”, *Paideia* 51, 1996, 183-94; G. Maselli, “Sulla rimozione di Suetonio Paolino (Tac. Agr. 16, 2-3)”, *BStudLat* 29, 1999, 119-24; M. Karlsson, “A Note on Tacitus *Agricola* 31:4”, *Eranos* 103, 2005, 31-4.

matiza la conjetura *bona* de Griffiths¹⁴, valorada por cierto en otro trabajo como probable¹⁵. Por su parte, el hecho de que el “commendat” de la anotación a 10.3 se haya impreso en redonda es un descuido importante en un aparato crítico: evidentemente Woodman¹⁶ no proponía *commendat* en vez de *scutula*, sino que apoyaba *scapula*, la conjetura de Ogilvie. En la misma página, la anotación a 10.5 “[v. Holmes, TLL s.v. 1808, 51]” es en efecto pertinente para respaldar *perinde*. Más adelante los *marginalia* se hacen eco de otras tentativas de restitución: *minus lacessita* de Wellesley para 20.3¹⁷; *superstitibus <obiit>* de Watt¹⁸ y *<haud infelix obiit; nobis>* de Wellesley¹⁹ para 44.4 (“fortasse recte”). A propósito de 36.3 consigna una conjetura de Andresen que había pasado por alto en 1963; en cualquier caso el *enim* de H es insostenible. Por último, en el párrafo final 46.4, Delz añade una referencia al comentario de Heubner²⁰, con la que apoya *obruit*, conjetura de Haupt ya conocida, que sin embargo no adoptó. Una vez más, se intuye que el editor reflexionó con frecuencia sobre sus propias hipótesis, pero que siempre guardó gran respeto a la autoridad del *textus receptus*. En esta misma línea, el carácter personal y no sistemático que se ha de presumir en estas anotaciones hace difícil interpretar el silencio del glosista sobre otras tres propuestas igualmente interesantes que Heubner adelantó para algunos de los pasajes más enmendados del *Agricola*: 28.1; 33.4 y 43.2²¹.

En el nuevo aparato crítico no pasa desapercibida cierta pérdida de información o, si se quiere, cierta supresión de excesos. Se omiten ahora pequeños detalles paleográficos como son, por ejemplo, el subpunteado en 6.3 y 7.3 (pág. 5, línea 1 del aparato: *preturā questurā* y línea 21: *cum*), el trazo superpuesto en 18.4 (pág. 15, línea 17: *tranuex transuex*) y el trazo transversal de 19.4 (pág. 16, línea 16: *auctionēmae*).

No obstante, si el lector contaba con que las sorpresas se iban a limitar sólo a estos pequeños detalles, sus esperanzas o temores —según los gustos de cada cual— se ven algo defraudados. Es cierto que la errata de 29.1 ha sido corregida y que el texto propiamente dicho se halla libre de nuevos deslices. Ahora bien, no se puede decir lo mismo de la introducción, la bibliografía y el aparato crítico. Probablemente estas secciones no alcanzan el grado de descuido que Delz atribuía

¹⁴ J. G. Griffiths, “Galba’s Commission Relating to Temples (Tacitus, Agricola, 6.5.)”, *CQ* 27, 1977, 437.

¹⁵ Cfr. J. Delz, “Textkritik und Editionstechnik”, en F. Graf (ed.), *Einleitung in die lateinische Philologie*, Stuttgart - Leipzig 1997, 61.

¹⁶ A. J. Woodman, *Tacitus Reviewed*, Oxford 1998, 220.

¹⁷ K. Wellesley, “*quisquiliae Taciteae*: Agr. 20.3, 28.1, 33.5; Ann. 11.14.3, 12.3.1, 16.2, 22.1, 13.28.1”, *LCM* 12, 1987, 40. Remite asimismo a la reseña de I. Borzsák, *Gnomon* 58, 1986, 21-6.

¹⁸ W. S. Watt, “Five Notes on Tacitus, Agricola”, *AJP* 108, 1987, 465-6.

¹⁹ K. Wellesley, “Tacitus, Agricola 44.4”, *LCM* 17, 1992, 42-3.

²⁰ H. Heubner, *Kommentar zum Agricola des Tacitus*, Gotinga 1984.

²¹ 28.1 uno <temptante> remigante<s>; 33.4 quando <ei> animus?; 43.2 nihil comperti <quo>. Aunque el comentario de Heubner no incluye edición crítica, incide continuamente sobre cuestiones textuales. A veces lo hace de modo indirecto, por ejemplo, refutando en más de cuarenta ocasiones las interpretaciones de Ogilvie, sin llegar a sugerir nuevas conjeturas.

a B (*Cod. Vat. lat. 4498*): *codex nitide scriptus mendis scatet*²², pero de hecho combinan la espléndida claridad del nuevo formato con abundantes gazapos y lapsos que no estaban en la primera edición y que por ello resultan difícilmente comprensibles: pág. V, línea 5: *ltalorum* por *Italorum*; línea 11: *lesi* por *Iesi*; nota 1, línea 3: *lesi* por *Iesi*; pág. X, línea 18: *Immanuele* por *Immanuele*; pág. XI, línea 7: *Emedavil* por *Emendavit*; línea 18: el guarismo 1. por *I.* (*I[ustus]*); línea 29: *Uerum* por *Iterum*; pág. XII, línea 22: *s. 1.* por *s. l.*; 29: *s. 1.* por *s. l.* Por su parte, en el aparato crítico sorprende: *ilaque* por *itaque* en 10.1; *forrasse* por *fortasse* en 28.1 y *Emesti* por *Ernesti* en 43.3. Objetivamente los errores no son muchos²³, pero en un fascículo de apenas 50 páginas, publicado bajo el auspicio de la *Teubneriana*, forman una cantidad quizá excesiva.

Por el tipo de error recurrente es fácil formular una hipótesis sobre cuál ha sido el proceso de elaboración del volumen y sobre dónde hay que buscar el origen de los descuidos. Parece que la *praefatio*, el *index operum* y el *apparatus* han sido escaneados y tratados con una aplicación informática al uso. Por su parte, la *machina computatoria* o “amanuense virtual” se habría limitado a lo que sabía hacer realmente bien, es decir, a combinar ceros y unos a gran velocidad, eso sí sin sobrados conocimientos de latín, ni una comprensión cabal del contenido.

A mayor abundamiento, cabe preguntarse por la paradójica ausencia de errores en el cuerpo del texto. Pero también sobre ésta se puede formular una hipótesis plausible. La nueva edición ha cambiado de lado la numeración marginal de líneas y de párrafos en las páginas impares, de modo que ahora coinciden en el centro la de las líneas y en el exterior la de los párrafos: sin duda otra mejora formal. No obstante, la numeración de 44.4 corresponde fallidamente a *filia*, en la primera línea de la página 37 y no a *opibus*, después de la interrogativa. Asimismo, también en la página 37, el número 45.2 se atribuye probablemente a *nos*, después de la laguna y no a *Nero*, como era de esperar. Es significativo que estos dos pequeños errores conjuntivos se hallen únicamente en el nuevo *Agricola* y en la versión electrónica de la *Bibliotheca Teubneriana Latina*, de modo que resultan claramente disyuntivos y separan esas dos fuentes del resto de la tradición. Es decir, parece que el texto ha sido clonado de un soporte a otro arrastrando con él los errores y que ha vuelto a faltar la revisión cuidadosa.

Por todo ello, la cuestión *quid novi* deriva necesariamente a la cuestión *cui bono*: así como es fácil enunciar conjeturas sobre el origen de los errores, no es tan sencillo establecer a quién hay que atribuir las responsabilidades. Sin duda, el mayor perjudicado por la aparición del nuevo *libellus* ha sido la memoria de Delz, cuyo nombre aparece ahora inmerecidamente asociado a un producto editorial deficiente. A todas luces el empleo de la técnica y de las propias bases de datos es un método legítimo de trabajo, pero que no exime de ser metódico y atento en el resultado. Hace pocos años, en una introducción a la crítica textual, el propio filólogo de Basilea citaba a la *Teubneriana* como ejemplo consolidado de buen hacer: “In den letzten Jahrzehnten hat sich vor allem in der Serie der Oxford

²² Delz, *Agricola*, 1983, VII.

²³ Se puede añadir que en pág. XIV, línea 35, falta un espacio después de *habendarum*.

Classical Texts und der Bibliotheca Teubneriana ein Standard entwickelt, von dem nicht mehr abgewichen werden sollte”²⁴. Merece la pena no dilapidar esa herencia. En definitiva, la reedición competente de textos conocidos es el “pulso vivificante” de la Filología Clásica; pero para ello —hoy, como en tiempos pasados— habrá que seguir confiando en los filólogos más que en las herramientas.

ÁLVARO SÁNCHEZ-OSTIZ
 Universidad de Navarra
 asostiz@unav.es

²⁴ Delz, “Textkritik”, 70.